

## Trump, el amigo de Putin

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Al nuevo inquilino de la Casa Blanca se le podrá achacar muchas cosas, pero no el estar inactivo. Pues desde su toma de posesión el 20 de enero no ha parado de aprobar órdenes ejecutivas. Es decir, lo que por estos lares se entiende como gobernar por decreto. En unos pocos días ha superado al propio Barack Obama, que en esto también fue bastante ducho. Afortunadamente, es posible que estas decisiones no se apliquen tal cual, por que habrá que ver cómo las encajan los demás poderes, el legislativo y el judicial. Es aquí donde algunos analistas ven una tabla de salvación ante los posibles despropósitos que el presidente quiera llevar a cabo. Aunque hay algo evidente, que está queriendo cumplir con las promesas que hizo en campaña, por muy desacertadas que entonces nos parecieran. Quizás por eso llame la atención, acostumbrados como estamos a vagas promesas electorales que luego pocas veces se cumplen. A este respecto, y como sabíamos, Donald Trump no ha venido a la política desde la política profesional, sino desde el mundo de la empresa, donde muchas veces hay que ser directo y resolutivo.

Así, uno de sus compromisos electorales fue, precisamente, mejorar las relaciones con Rusia, una vez que éstas se han ido deteriorando progresivamente durante el mandato de Obama. Esto ha provocado amplios recelos en el propio Partido Republicano, en las varias agencias de inteligencia estadounidenses, en la prensa y en muchos socios europeos, empezando por la británica Theresa May, que se reunió con el magnate el 27 de enero. Sin embargo, Trump nunca ha ocultado su admiración hacia Vladímir Putin, habiéndose producido la tan esperada llamada telefónica el pasado 28. Por lo trascendido, estuvieron conversando unos 45 minutos en los que, entre otros temas, hablaron de Siria y Ucrania, dos aspectos tan controvertidos que han enrarecido el entendimiento entre ambos países con la anterior Administración. Por descontado, fue una toma de contacto “de igual a igual”, confirmándose de esta forma un giro muy relevante en una relación bilateral en la que Obama llegó a negar a la Federación Rusa su condición de potencia mundial. Trump vuelve a reconocer ese liderazgo y su importancia para resolver los graves problemas existentes en el tablero internacional en estos momentos, habiendo decidido mantener contactos personales regulares. En un intento de recuperar la confianza perdida en tiempos de Obama.

Todo apunta, ciertamente, a un novedoso clima de entendimiento entre Washington y Moscú, lo cual, por un lado, debería servir para contrarrestar otras decisiones muy cuestionables como las que atañen a México o China, y, por otro, para crear una nueva entente que trate de dar solución a cuanto está sucediendo en el Mediterráneo Oriental. En este sentido, el levantamiento de las sanciones aplicadas a Moscú, ya apuntado por una de las asesoras más cercanas a Trump, Kellyanne Conway, sería de gran ayuda. Y es posible que no tarde mucho en llegar si nos atenemos a lo dicho por la propia Conway, al condicionar esta medida a la erradicación del terrorismo yihadista. Cuestión en la que viene trabajando Moscú, en sintonía con Bashar al-Asad, desde hace tiempo. Y aquí es donde tal vez surja un primer obstáculo, en la participación del gobierno de Damasco en esta lucha frente al Dáesh y al Jabhat Fateh al-Sham. Por eso, Putin tendrá que hacer comprender a las autoridades norteamericanas recién llegadas la conveniencia de distinguir entre los opositores, que han estado presentes en la conferencia de Astaná, y las bandas terroristas citadas que, lejos de

buscar la democratización de Siria, desean imponer un régimen tan despiadado como el aún existente en al-Raqqá. Trump, que es un negociador nato, procurará sacar alguna compensación, pero parece claro que está dispuesto a hablar y a acordar, todo lo contrario a lo sucedido con Obama. De suyo, Trump ha admitido en numerosas ocasiones el deseo de coordinarse con el Kremlin para terminar con esta lacra, hecho que comparto plenamente. Máxime, si a este diálogo se suman Turquía e Irán, dos actores claves en la región y cuya suerte ha sido muy diferente en los últimos tiempos de Obama.

Con ser importante la cuestión yihadista, tampoco hay que olvidarse del otro gran problema que tiene planteado Oriente Próximo: la paz entre israelíes y palestinos. De momento, se diría que los nombramientos de Trump, en vez que arreglar, empeorarán la situación. De ahí la obligación urgente de que Rusia entre en acción en este terreno. La fe que tiene Trump en su yerno, Jared Kushner, nombrado su consultor especial, para resolver este conflicto me resulta un tanto ilusoria. Por muy dialogante que se nos presente, un judío ortodoxo que ha realizado donaciones para los asentamientos ilegales de colonos en Cisjordania no se me antoja la persona idónea para lograr un convenio. Y menos con un Netanyahu echado al monte y con un discurso manifiestamente ultraderechista y xenófobo. Por eso, insisto una vez más en la necesidad de otro árbitro y éste, en un momento en el que Unión Europea es incapaz de alzar su voz ante tanto dislate, sólo puede ser Vladímir Putin. A quien no le va a quedar otro remedio que implicarse de hoz y coza en este affaire si quiere que, en un escenario post-Estado Islámico, este área tan castigada vaya recobrando la moderación y la sensatez.

29 de enero de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 1 de febrero de 2017, p. 22